

Reconfiguraciones del clivaje Norte/Sur.

Una mirada desde la geografía de la extracción

Maristella Svampa¹

El propósito de este artículo es pensar el modo en cómo los procesos de mutación geopolítica, los cambios sociales y la expansión de la frontera tecnológica han producido la reconfiguración del clivaje Norte-Sur. Para dar cuenta de ello, me propongo desarrollar una mirada desde la geografía de la extracción, a fin de subrayar la persistencia de la situación de dependencia de los países de América Latina, en tanto Sur global. Al mismo tiempo, a la hora de analizar la expansión de la geografía de la extracción, me interesa también colocar ciertos matices, que podrían abonar una lectura más flexible acerca de la división Norte-Sur. Sin embargo, antes de iniciar este periplo, creo necesario detenernos en las mutaciones del paisaje global, marco sin el cual sería imposible comprender las transformaciones de dicho clivaje. Una primera consideración para pensar la reconfiguración del clivaje Norte-Sur es el reconocimiento de que en la actualidad asistimos a un proceso de transición hegemónica, marcado por el ascenso de la República Popular de China y la emergencia de nuevos alineamientos económicos y-políticos internacionales.

1. El ascenso de China y el Sur global

Para muchos analistas estamos asistiendo a importantes cambios geopolíticos, manifiestos en la decadencia de Estados Unidos como gran potencia hegemónica y en la emergencia de nuevas potencias globales, entre las cuales se destaca la República Popular de China. La cuestión suscita hoy intensos debates historiográficos y políticos sobre la cuestión de la sucesión hegemónica. Ciertamente, entre 1989 y 2012 China emergió como una gran potencia económica mundial. Asimismo, hay que agregar el giro económico-comercial operado en las últimas décadas desde el Atlántico hacia el océano Pacífico, que incluye un arco amplio de países asiáticos (Japón, Taiwán, Indonesia, Corea, entre otros).

¹ Socióloga y escritora. Investigadora del Centro Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina. correo@maristellasvampa.net

En la actualidad, China es la segunda economía mundial y el polo económico más dinámico e importante a nivel global. Así, es el primer exportador de bienes del planeta, el primer consumidor mundial de energía y de automóviles, el principal consumidor de aluminio, cobre, estaño, soja y zinc; el segundo consumidor de azúcar y petróleo y el quinto exportador de servicios.

Asimismo, China es la gran fábrica del mundo, cuya inserción comercial no depende sólo de exportaciones de productos con baja tecnificación, sino de productos con un alto nivel tecnológico. Es el país que alberga la mayor población del planeta, 1.300 millones de habitantes que cada vez acceden más al mundo del consumo en un proceso fuertemente incentivado por planes oficiales y en el marco de una creciente y acelerada urbanización. Al compás del aumento del consumo, su industria cada vez más tecnificada comienza a demandar más recursos energéticos e insumos básicos. Por este motivo se ha convertido en el principal demandante mundial de la gran mayoría de los commodities, lo cual ha traccionado a su vez el alza de los precios de los mismos

Por otro lado, China, no es solo una potencia desde el plano productivo, sino también en el plano financiero. Los abultados superávits comerciales y una alta tasa de ahorro interno, generaron que gran parte de ese excedente se destine a la compra de bonos del Tesoro de EE.UU., de quien China es el principal prestamista. Además se ha consolidado como el primer poseedor global de Reservas Internacionales y actualmente unos 40 bancos centrales de todo el planeta utilizan el yuan como moneda de reserva. Dos datos ilustran su poderío financiero: China aparece como el tercer emisor global de flujos de Inversiones Extranjeras Directas; en 2014, 95 de las 500 firmas de mayor facturación del planeta eran originarias del país oriental (Slipak, 2014).

Frente a este meteórico ascenso, hay quienes sostienen que el sistema internacional evolucionaría hacia un mundo multipolar, configuración en la cual las diferentes regiones económicas y políticas jugarán un papel, por ejemplo a través de la alianza entre China, Rusia e India, o en líneas generales, a través de los BRICS, los cuales representan actualmente el 45% de la población mundial y el 30% del PIB mundial. Para otros, como el cinólogo argentino Eduardo Oviedo (2014), el fin del mundo bipolar, con el colapso de la Unión Soviética, no habría conducido a un orden unipolar ni multipolar, sino a un nuevo *oligopolio* con la primacía

hegemónica de Estados Unidos, establecida entre 1991, luego del colapso del mundo soviético. Dicho "directorio" del oligopolio incluía, además de Estados Unidos, a otros países que concentraban la riqueza mundial, como Japón, Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido. El final de este período de primacía hegemónica se habría producido en 2003, con la guerra en Irak, durante la cual Estados Unidos tuvo que enfrentar desacuerdos y resistencias de diferentes países, en contraste con la primera etapa de hegemonía plena. En consecuencia, el ascenso de China, India y Brasil daría cuenta de la reestructuración del directorio del oligopolio. Mientras la superpotencia (Estados Unidos) involuciona hacia el rol de gran potencia; China, India y Brasil habrían traspasado la frontera de economías medias para convertirse en grandes potencias económicas. La desconcentración es sin embargo económica y no militar (puesto que la capacidad militar de Estados Unidos excede largamente el de otras potencias), pero significó cambios en las relaciones de poder entre las grandes potencias (mayor desconcentración de la fuerza económica y mayor heterogeneidad civilizacional) (Oviedo, 2014).

En suma, en un marco de transición, es claro que China es una de las grandes candidatas a devenir el nuevo hegemón en la estructura internacional de poder, sea bajo la forma de un esquema multipolar, o de un oligopolio con primacía hegemónica. No obstante, lejos de cualquier determinismo, un primer elemento a destacar es que el ascenso global de China ha sido pacífico, a partir de una estrategia de colaboración y no de oposición y confrontación con Estados Unidos. Así, reflexionando sobre las características de esta relación, Inmanuel Wallerstein se preguntaba: "¿Son rivales China y Estados Unidos? Sí, pero hasta cierto punto. ¿Y son enemigos? No, no son enemigos. ¿Y son colaboradores? Son ya más de lo que les gustaría admitir, y lo serán más conforme continúa la década" (Wallerstein, 2012). El segundo elemento es que los Estados Unidos, consciente de dichas mutaciones, ha cambiado su política exterior, hoy orientada a desarrollar una política de "contención", en tanto objetivo internacional de primer orden, produciéndose lo que el gobierno de ese país ha denominado como "un giro estratégico" a la región del Pacífico, "*pivot to Asia*". (Fornillo, 2015).

2- América Latina y la expansión de la geografía de la extracción

Aunque se han operado cambios en la división internacional y territorial del trabajo, gran parte de América Latina y África continúan formando parte del Sur global, algo que aparece ilustrado por su rol como continentes exportadores de bienes naturales. No obstante, la geografía de la extracción se ha cargado de nuevos registros, gracias a los altos precios internacionales de los productos primarios. En esta línea, y al calor del boom de los commodities, América Latina vivió un período de crecimiento económico y de reducción de la pobreza, acompañado sin embargo, por una marcada tendencia a la reprimarización, visible en la acentuación de su reorientación hacia actividades primarias extractivas o maquilas, con escaso valor agregado.

De modo general, a partir de 2003, América Latina ingresó al «Consenso de los *Commodities*» (Svampa, 2013)², expresión que subraya la consolidación de un nuevo orden, a la vez económico y político-ideológico, sostenido por el *boom* de los precios internacionales de las materias primas y los bienes de consumo cada vez más demandados por los países centrales y las potencias emergentes, lo cual genera indudables ventajas comparativas visibles en el crecimiento económico y el aumento de las reservas monetarias, al tiempo que produce nuevas asimetrías y profundas desigualdades en las sociedades latinoamericanas. Ello se tradujo además por una desigual distribución de los conflictos socioambientales y territoriales, los cuales entraron a operar en clave de despojo y desposesión. En otros términos, el «Consenso de los *Commodities*» conllevó la profundización de una determinada geografía de la extracción y del despojo, anclada en gran parte en el Sur, a través de la extracción de bienes naturales orientados a la exportación, y de la concentración de bienes, tierras, recursos y territorios, que tiene como

² La expresión «Consenso de los *Commodities*» conlleva una carga no solo económica sino también político-ideológica, pues alude a la idea de que existiría un acuerdo –tácito, aunque, con el paso de los años, cada vez más explícito– acerca del carácter irrevocable o irresistible de la actual dinámica extractivista, dada la conjunción entre la creciente demanda global de bienes primarios y las riquezas existentes, potenciada por la visión «eldoradista» de una América Latina como lugar por excelencia de abundantes recursos naturales. Esta conjunción, que en economía adopta el nombre tradicional de «ventajas comparativas»¹⁰, ha ido cimentando las bases de una ilusión desarrollista que recorre, más allá de las diferencias y los matices, el conjunto de los países latinoamericanos. (Svampa, 2013)

actores principales a las grandes corporaciones, en una alianza multiescalar con los diferentes gobiernos (nacionales, provinciales, locales).

No es casual que una parte importante de la literatura crítica de América Latina considere que el resultado de estos procesos sea la consolidación de un estilo de desarrollo neoextractivista (Gudynas, 2009, Acosta 2009, Svampa, 2010, Machado Araoz, 2014), el cual puede ser definido como aquel patrón de acumulación basado en la sobre-explotación de recursos naturales, en gran parte no renovables, así como en la expansión de las fronteras hacia territorios antes considerados como "improductivos". Más allá de los matices existentes, el neoextractivismo puede ser caracterizado por la presencia de diferentes elementos. En primer lugar, se refiere a un patrón de acumulación basado en la sobre-explotación de recursos naturales, cada vez más escasos, en gran parte no renovables, así como en la expansión de las fronteras de explotación hacia territorios antes considerados como improductivos. En segundo lugar, el neoextractivismo se caracteriza por la exportación de bienes primarios a gran escala, entre ellos, hidrocarburos (gas y petróleo), metales y minerales (cobre, oro, plata, estaño, bauxita, zinc, entre otros), productos agrarios (maíz, soja y trigo) y biocombustibles.³

En tercer lugar, otra característica es la gran escala de los emprendimientos, la cual nos advierte también sobre la envergadura de las inversiones, pues se trata de megaemprendimientos, capital-intensivos y no trabajo-intensivos, así como del carácter de los actores intervinientes –en general, de grandes corporaciones-. Así, más allá de la retórica nacionalista en boga, en el marco del nuevo ciclo, el retorno del Estado se fue instalando en un espacio de geometría variable, donde uno de los elementos claves sería la asociación con los capitales privados multinacionales, cuyo peso en las economías latinoamericanas, lejos de atenuarse, se fue acentuando, a medida que se expandían y multiplicaban las actividades extractivas. Un nuevo desarrollismo, más pragmático y en clave extractivista, no necesariamente ligado a las formas del estatalismo propio de los años 1950-1970, asomó como rasgo central de la práctica dominante.

³ Esto conllevó el aumento de las asimetrías entre la geografía de la extracción y la del consumo: por ejemplo, en la actualidad, América Latina produce el 26,2% de la bauxita en el mundo, aunque solo consume el 2,9%; en cuanto al cobre, produce el 45,1%, y consume el 6,1%; respecto del oro, produce el 15,2% del oro, consumiendo el 3% (datos extraídos de H.Machado Araoz, 2012).

En cuarto lugar, el neoextractivismo presenta una determinada dinámica territorial cuya tendencia es la ocupación intensiva del territorio, a través de formas ligadas al monocultivo o monoproducción, entre cuyas consecuencias se halla el desplazamiento de otras formas de producción (economías locales/regionales). El avance sobre el territorio combina, en gran parte de los casos, la dinámica del enclave o de la fragmentación territorial (escasa producción de encadenamientos endógenos relevantes, que favorezcan un modelo de integración territorial y regional), con la dinámica del desplazamiento (dislocación de las economías locales tradicionales y expulsión de poblaciones), lo cual tiende a colocar a las grandes empresas, que poseen una proyección global, en el rol de actor social total en el marco de las sociedades locales.

Finalmente, el neoextractivismo instala una dinámica vertical que irrumpe en los territorios, y a su paso va desestructurando economías regionales, destruyendo biodiversidad y profundizando de modo peligroso el proceso de acaparamiento de tierras, violentando procesos de decisión ciudadana, muy particularmente de poblaciones campesinas e indígenas, así como de habitantes de pequeñas y medianas localidades. Definido de este modo, el neoextractivismo abarca algo más que las actividades consideradas tradicionalmente como extractivas. Además de la megaminería a cielo abierto, la expansión de la frontera petrolera y energética (a través de la explotación de gas y petróleo no convencional, con la tan cuestionada metodología de la fractura hidráulica o *fracking*), la construcción de grandes represas hidroeléctricas (por lo general, al servicio de la producción extractiva), incluye la expansión de la frontera pesquera y forestal, así como la generalización del modelo de agronegocios (cultivos transgénicos, como la soja, la hoja de palma y los biocombustibles).

En un plano general, el Consenso de los Commodities viene a reconfirmar a América Latina como una «economía adaptativa» respecto de los diferentes ciclos de acumulación y, por ende, se apoya en la aceptación del lugar que la región ocupa en la división global del trabajo. Este es uno de los núcleos duros que atraviesa sin solución de continuidad el Consenso de Washington y el «Consenso de los *Commodities*», más allá de que los gobiernos progresistas enfatizan una retórica industrialista y emancipatoria que reivindica la autonomía económica y la soberanía nacional, y de que postulan la construcción de un espacio político latinoamericano. En nombre de las «ventajas comparativas» o de la pura

subordinación al orden geopolítico mundial, según los casos, los gobiernos progresistas, así como aquellos más conservadores, tienden a aceptar como «destino» el nuevo «Consenso de los *Commodities*», que históricamente ha reservado a América Latina el rol de exportador de naturaleza, minimizando las enormes consecuencias ambientales, los efectos socioeconómicos (los nuevos marcos de la dependencia y la consolidación de enclaves de exportación) y su traducción política (disciplinamiento y formas de coerción sobre la población).

Este período de auge económico, de reformulación del rol del Estado, pero también de no reconocimiento de los conflictos asociados a la dinámica extractiva, se extendió aproximadamente hasta el año 2010, época en la cual los diferentes gobiernos progresistas, consolidados en sus respectivos mandatos (muchos de ellos, habiendo renovado mandatos presidenciales) fueron admitiendo y afirmando una matriz explícitamente extractivista, debido a la virulencia que adquirieron ciertos conflictos territoriales y socioambientales. Más aún, el estallido de la conflictividad ligada a las actividades extractivas (megaminería, represas, petróleo, en menor medida, agronegocios) pondrían en evidencia tanto las dimensiones y alianzas propias del desarrollismo hegemónico, así como las limitaciones impuestas en los procesos de participación ciudadana (respeto del convenio 169 de la OIT y de las consultas públicas) y la apertura de escenarios de criminalización del conflicto.

Hacia 2010, hubo en América Latina un “blanqueo” del Consenso de los *Commodities*, visible en la abierta conflictividad en los territorios extractivos. Época en la cual los gobiernos progresistas redoblaron la apuesta, a través de la multiplicación de los proyectos extractivos, paradójicamente a través de un discurso industrialista: para el caso de Brasil, Plan de Aceleración del Crecimiento,⁴ que proyecta la construcción de un gran número de represas en la Amazonía; para Bolivia, la promesa del *gran salto Industrial*, fórmula lanzada por el vicepresidente boliviano en 2010, que alentaba la multiplicación de los proyectos extractivos (gas, litio, hierro, agronegocios, entre otros); para el caso de Ecuador, reforma de la normativa y avance de la megaminería; Para Venezuela, Plan Estratégico de producción del petróleo, que implicaba un avance de la frontera de explotación en la faja del Orinoco; para Argentina, Plan Estratégico Agroalimentario 2010-2020, que proyectaba el aumento del 60% de la producción de granos, entre otros. Así,

⁴ El mismo venía de la época de Lula da Silva, pero la cartera de proyectos ligados a las megarepresas se vieron notoriamente aumentados bajo los gobiernos de Dilma Rousseff.

más allá de las retóricas industrialistas que presentaban los diferentes gobiernos, los cambios económicos en curso se orientaron a profundizar el modelo extractivista, en un contexto que unía reprimarización con rentabilidad extraordinaria.

En esta fase, fueron numerosos los conflictos socio-ambientales y territoriales que lograron salir del encapsulamiento local y adquirieron una visibilidad nacional: desde aquel en torno al proyecto de realizar una carretera que atravesara el Tipnis (Territorio Indígena Parque Nacional Isidoro Secure, Bolivia); la construcción de la megarepresa de Belo Monte (Brasil), la pueblada de Famatina y las resistencias contra la megaminería (Argentina), hasta la suspensión final de la Propuesta de moratoria del Yasuni (Ecuador). En América Central, uno de los megaproyectos que más controversias ha levantado es el Canal interoceánico de Nicaragua, tres veces mayor que el Canal de Panamá, que ha sido concesionado a la empresa china HKND.⁵ Lo que resulta claro es que la expansión de la frontera de derechos (colectivos, territoriales, ambientales), encontró un límite en la expansión creciente de las fronteras de explotación del capital, en busca de bienes, tierras y territorios, y echó por tierra las narrativas emancipatorias que habían levantado fuertes expectativas, sobre todo en países como Bolivia y Ecuador.

A estos conflictos de carácter emblemático, hay que sumar aquellos que se producían, en la misma línea, en los países con gobiernos de signo neoliberal o conservador: los conflictos por los proyectos mineros de Conga y de Tía María, bajo el gobierno de Ollanta Humala, en Perú, que entre 2012 y 2015 han dejado un saldo de 35 muertos por represión; la oposición al megaproyecto minero La Colosa, en Colombia, la suspensión del proyecto minero binacional de Pascua-Lama (Argentina y Chile), promovido por una acción presentada ante la Justicia de Chile, entre otros. Así, la actual fase y los niveles de conflictividad ilustran el acoplamiento entre extractivismo neodesarrollista y neoliberalismo, expresado de manera paradigmática por los casos de Perú, Colombia o México, así como entre extractivismo neodesarrollista y gobiernos progresistas (Bolivia, Ecuador, Brasil, Argentina).

⁵ En noviembre de 2015 el inicio de las obras había sido postergado debido a las protestas que ha generado, no sólo entre las organizaciones ambientales, sino también frente al cuestionamiento del estudio de impacto ambiental de parte de expertos internacionales convocados por la Academia de Ciencias de Nicaragua.

Uno de los elementos presentes en los diferentes gobiernos progresistas ha sido la estigmatización de la protesta ambiental y la deriva hacia una lectura conspirativa. En realidad, allí donde hay un conflicto ambiental y territorial, mediatizado y politizado, que pone de relieve los puntos ciegos de los gobiernos progresistas respecto de la dinámica de desposesión, la reacción suele ser la misma. Sucede desde 2009 en Ecuador, sobre todo con la megaminería; en Brasil, a raíz del conflicto suscitado por la construcción de Belo Monte, y en Bolivia referido al TIPNIS. En los tres casos los distintos oficialismos optaron por el lenguaje nacionalista y el escamoteo de la cuestión, negando la legitimidad del reclamo y atribuyéndolo, sea al “ecologismo infantil” (Ecuador), al accionar de ONG extranjeras (Brasil) o al “ambientalismo colonial” (Bolivia).

3- China y América Latina

La emergencia de nuevas potencias globales, como es el caso de la República popular de China, ha ido generando un nuevo escenario para América Latina. Lo más notorio de ello no ha sido sin embargo la vinculación –inevitable y necesaria por cierto- con China, sino el modo en cómo ésta se va operando. Desde mi perspectiva, la relación entre China y América Latina se traduce por la potenciación del extractivismo y de la reprimarización de las economías latinoamericanas. Asimismo, esta relación asimétrica se va desplegando en el marco del declive del regionalismo latinoamericano desafiante.

Así, en primer lugar la cuestión remite a la potenciación del extractivismo que es dable observar a escala latinoamericana, a saber, la intensificación de las exportaciones de commodities, en el marco de una dinámica vertiginosa que apunta a consolidar vínculos económicos con la República Popular de China. Ciertamente, en los últimos años, los intercambios entre América Latina y China se han intensificado notoriamente. Hacia el año 2000, China no ocupaba un lugar privilegiado como destino de exportaciones u origen de importaciones de los países de la región. Sin embargo, China fue desplazando como socios comerciales de la región a Estados Unidos, países de la Unión Europea y Japón. En 2013 ya se había convertido en el primer origen de las importaciones de Brasil, Paraguay y Uruguay; el segundo en el caso de Argentina, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Honduras, México, Panamá, Perú y Venezuela; y el tercero para Bolivia, Nicaragua,

El Salvador y Guatemala. En el caso de las exportaciones, resulta el primer destino de Brasil y Chile; y el segundo destino de Argentina, Colombia, Perú, Uruguay y Venezuela (Svampa y Slipak, 2015). Este intercambio es, sin embargo asimétrico. Mientras el 84% de las exportaciones de los países latinoamericanos a China son commodities; el 63,4 % de las exportaciones chinas a la región son manufacturas). Por mencionar algunos casos: Argentina exporta básicamente soja, frutos oleaginosos y aceites vegetales; Chile el cobre; Brasil, soja y mineral de hierro; Venezuela y Ecuador, Petróleo; Perú, mineral de hierro y otros minerales (ibídem).

Asimismo, la presencia de capitales de origen chino es cada vez más importante en la región. Algunos ejemplos pueden servirnos para graficar lo dicho. En el sector de Hidrocarburos, están presentes en la región las cuatro grandes empresas de origen chino (Sinopec, la Corporación Nacional de Petróleo de China (CNCP), la China National Offshore Oil Company (CNOOC) y Sinochem. Estas cuatro firmas se encontraban participando ya hacia 2010 en unos 15 proyectos de extracción, localizados en Perú, Venezuela, Ecuador, Colombia, Brasil y Argentina. En cuanto a Minería y Metales, China está presente en gran parte de los países, aún si el principal destino de las inversiones mineras es Perú, y recientemente, Ecuador.

Otro de los temas que cobran mayor relevancia son los préstamos. Estudios recientes consignan que la mayoría de los préstamos chinos en la región han sido para infraestructuras (55%), seguido de energía (27%) y minería (13%). El principal prestamista ha sido el Banco de Desarrollo de China al haber concedido alrededor del 71% de los préstamos hacia la región, y el principal beneficiario Venezuela con algo más de la mitad de los fondos prestados para financiar 13 proyectos. Como beneficiarios de los préstamos se destacan Brasil y Argentina al recibir cada uno de ellos cerca del 14% de los préstamos realizados en la región. Los préstamos chinos a Ecuador y Venezuela están ocupando el lugar de los mercados de deuda soberana. "El financiamiento chino es a menudo el 'prestamista de última instancia'. No es uno barato, pero debido a la preocupación de la comunidad financiera internacional sobre Venezuela y Ecuador y las primas de alto riesgo que acarrearían, los préstamos chinos son una opción atractiva" (Myers 2011, citado en Slipak, 2014)."

Por otra parte, cabe preguntarse sobre el destino de las inversiones provenientes de China. En esa línea, todos los análisis coinciden en afirmar que éstas se

establecen mayoritariamente en actividades extractivas (minería, petróleo, agronegocios, megarepresas), lo cual refuerza el efecto reprimarizador que las economías viven bajo el "Consenso de los Commodities". En algunos casos se orientan al sector terciario para dar apoyo a las primeras. A esto hay que sumar la política de préstamos condicionados por commodities. Este desembarco implica incluso una amenaza a clusters conformados por pequeñas y medianas empresas, sea por la contaminación ambiental o por la posibilidad de exportar directo a China productos que antes eran transformados por PyMEs locales.

Por último, no es el mismo tipo de relación la que pueden tener países periféricos como Argentina o Ecuador, con China, respecto de Brasil. En una línea interpretativa trimodal, resulta importante incorporar la noción de *semiperiferia*, para aludir al rol de Brasil, que juega en otras ligas globales (BRICS), y muy especialmente a raíz de su ascendente al interior del espacio latinoamericano.⁶ Pese a ello, vale añadir que la relación entre China y Brasil también discurre por una vía asimétrica, que puede ser leída en términos de "desindustrialización temprana", principalmente por la incapacidad de los gobiernos para contrarrestar los efectos de la enfermedad holandesa; esto es, la exportación masiva de materias primas ligadas a la explotación de recursos naturales (Salama, 2011)

La segunda cuestión apunta a evaluar los alcances del regionalismo latinoamericano. Bien podría decirse que, a partir del año 2000, hemos asistido a la emergencia de un "regionalismo latinoamericano desafiante" (retomando la expresión de Jaime Preciado, 2014), en clave anti-imperialista, crítica de la tradicional hegemonía estadounidense. Uno de los hitos más importantes de este nuevo regionalismo fue la cumbre de Mar del Plata (Argentina), realizada en 2005, cuando los países latinoamericanos enterraron la posibilidad del ALCA (Alianza

⁶ Oviedo resume de la siguiente manera las relaciones entre China y América Latina: "Combinando la teoría del sistema-mundo con la posición de los países en la estructura económica internacional, las relaciones entre China y los Estados latinoamericanos claramente aparece divididas en tres diferentes tipos económicos, estimados en términos del Producto Interno Bruto (PIB) de las naciones publicado por el Banco Mundial: a) China y Brasil mantienen desde 2007 una relación centro-centro (debido a las capacidades de grandes potencias económicas de ambas naciones: China desde 1998 y Brasil desde 2007); b) China y México implementan relaciones centro-semiperiféricas (China como estado central y México como mediana economía) y; c) el resto de las economías latinoamericanas mantienen relaciones centro-periféricas con China. En la relación horizontal chino-estadounidense, América latina es considerada más objeto que sujeto de la política mundial." (Oviedo, 2014, 17-18)

Latinoamericana de Libre Comercio), promovida por Estados Unidos, y crearon el ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas), bajo el impulso del carismático Hugo Chávez. En la línea latinoamericanista se pergeñaron proyectos ambiciosos, como el de la creación de una moneda única (Sucre) y el Banco del Sur, los cuales sin embargo no prosperaron, en parte debido al escaso entusiasmo de parte de Brasil, país que a raíz de su rol de potencia emergente, juega en otras ligas globales. La creación de la UNASUR, en 2007 (Unión de naciones Sudamericanas), y posteriormente de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), en 2010, inicialmente como foro para procesar los conflictos de la región, por fuera de Washington, jalonan dicho proceso de integración regional. Sin embargo, todo esto estuvo lejos de evitar que, con posterioridad, Estados Unidos firmara TLC (Tratados de Libre Comercio) de forma bilateral con varios países latinoamericanos, y que en 2011 se creara un nuevo bloque regional, la Alianza del Pacífico, con la participación de países como Chile, Colombia, Perú y México.

En este novedoso escenario, no son pocos los que vieron con buenos ojos la incipiente relación entre los países latinoamericanos y China, argumentando que ésta ofrecería la posibilidad de ampliar los márgenes de autonomía de la región, en relación a la hegemonía estadounidense.⁷ Como he dicho, fue el propio ex-presidente venezolano Hugo Chávez, quien lideró este tipo de posicionamiento, llevando a cabo una política de notorio acercamiento a China. Apoyado en la riqueza petrolera, Chávez vio en China el aliado comercial y político idóneo para tomar distancia de la hegemonía de Estados Unidos y su amenaza constante al régimen venezolano. En ese marco, para algunos, la relación con China adquiriría un sentido político estratégico, de cooperación Sur- Sur, en un escenario de pasaje acelerado de un mundo bipolar a uno de carácter multipolar, donde China y Rusia parecerían tener un papel muy importante en los equilibrios geopolíticos de la región latinoamericana. Por otro lado, ésta nueva vinculación abriría la posibilidad de una colaboración Sur-Sur. Sin embargo, más allá del rótulo de "país emergente" y de lo difícil que resulta aceptar la auto-presentación de China como "país en

⁷ Algo que ya habría sucedido durante la Guerra fría; aún si las diferencias con este período tienen que ver con el hecho de que no existiría una polarización ideológica, luego del colapso de los países socialistas.

desarrollo”,⁸ es claro que su meteórico ascenso global, así como la realpolitik de las relaciones comerciales con los países latinoamericanos, están lejos de ilustrar la hipótesis de una relación simétrica Sur-Sur.

Más simple, el rumbo que van adoptando las relaciones entre China y los diferentes países latinoamericanos ha ido atenuando la tesis de la cooperación Sur-Sur. Asimismo, la tesis del regionalismo desafiante ha comenzado a ser relativizada a raíz del pasaje a una Unasur de “baja intensidad” (Comini y Frenkel, 2014), signada por el final de los grandes liderazgos regionales (la muerte de Chavez y de Néstor Kirchner, el alejamiento de Lula Da Silva, tres líderes que apostaron fuertemente a la integración regional), como por el ya mencionado surgimiento de nuevos alineamientos regionales (Alianza para el Pacífico), de carácter más aperturista. En la actualidad, ambas tesis parecerían tener que ver más con una suerte de *wishfull thinking*, antes que con las prácticas económicas y comerciales realmente existentes de los diferentes gobiernos progresistas latinoamericanos. En efecto, la firma de convenios o acuerdos unilaterales (TLC) con el gigante asiático por parte de los gobiernos latinoamericanos (muchos de los cuales comprometen a sus economías por décadas), están lejos de ser la excepción. Al contrario, constituyen una regla bastante generalizada en los últimos tiempos, lo cual en lugar de afianzar la integración latinoamericana, no hace más que potenciar la competencia entre ellos, como países exportadores de commodities.

Por esas vueltas de la historia, la consolidación de relaciones asimétricas con China se ha tornado evidente al cumplirse los diez años de aquel enterramiento del ALCA (2005), que todavía resuena tanto en el imaginario antiimperialista latinoamericano. Efectivamente, el pasado 2015 fue un año simbólico: pues el mismo se abrió con la firma de numerosos convenios comerciales entre Argentina y China, luego de un publicitado viaje de la entonces primera mandataria, Cristina Fernández de Kirchner que incluyó entre otras cosas infraestructura y represas, así como numerosos

⁸ La percepción china de América Latina ha quedado plasmada por escrito en 2008 cuando la República Popular de China publicó el documento conocido como “el libro blanco sobre la política de China hacia América Latina y Caribe”. “En este último, se exponen la necesidad de que los vínculos sino-latinoamericanos continúen su expansión sobre la base de la *complementariedad* de sus economías. Precisando, China hizo explícita su fascinación por la riqueza natural latinoamericana, proponiendo una integración comercial basas en un enfoque de ventajas comparativas estáticas clásico, que profundiza el rol latinoamericano como proveedor global de productos básicos y hasta obturando las posibilidades de desenvolvimiento industrial para varias actividades”, Svampa y Slipak, 2015.

convenios con cláusulas secretas, que comprometen al país por décadas. Finalmente, el año 2015 se cerraba con los acuerdos realizados por Bolivia, a través del vicepresidente Alvaro García Linera, quien obtuvo un crédito millonario para financiar once importantes obras de infraestructura (megacarreteras) que unirán por tres vías distintas la amazonia, los valles y el altiplano, además de vías férreas y de energía eléctrica. Con esta medida, China se transformaría en el principal acreedor de Bolivia, desplazando a instituciones financieras controladas por EE.UU. y la Unión Europea. Pese al entusiasmo que esto ha despertado en Bolivia, pocos parecen preguntarse qué sucederá con las poblaciones campesino-indígenas que no acuerden con estos megaproyectos, o si esto afectará las áreas protegidas y la biodiversidad. En todo caso, la profundización de la relación con China implicará a todas luces el final de cualquier narrativa emancipatoria inspirada en el Buen Vivir indígena. Vista a la distancia, una década más tarde, aquella cumbre de Mar del Plata de 2005 terminó por convertirse en el punto máximo de regionalismo desafiante latinoamericano, cuando en realidad debería haber sido el punto de partida de una construcción latinoamericanista, en clave verdaderamente integradora, orientada a la creación de una nueva plataforma de negociación regional con los nuevos y poderosos socios comerciales.

Así, si bien es cierto que la irrupción y rápida consolidación de la influencia de la República Popular de China en América Latina aparece como una oportunidad para lograr una mayor autonomía en relación a Estados Unidos, todo lo reseñado –el latinoamericanismo puramente retórico, la competencia de hecho entre los diferentes países de la región; el aumento de las exportaciones de materias primas, - terminan por consolidar las asimetrías, configurando como tendencia la profundización de un extractivismo neodependentista, que perfila cada vez más a China como polo hegemónico. En esta línea, la confirmación de una relación comercial privilegiada con China, basada en la demanda de commodities y en la vertiginosa consolidación de un intercambio desigual, marcaría la emergencia de nuevas relaciones de dependencia, cuyo contorno se estarían definiendo al calor de las negociaciones unilaterales que aquel país mantiene con cada uno de sus socios latinoamericanos. Desde el punto de vista económico, esta asimetría se ha ido traduciendo por un proceso de reprimarización de la economía, visible en la reorientación hacia actividades primario extractivas, con escaso valor agregado. A esto hay que sumar que, según diversos analistas, estaríamos llegando al fin del llamado “superciclo de los commodities” (O.Canutto:2014), lo que algunos vinculan

sobre todo con la desaceleración del crecimiento en China. No sólo la mayoría de los gobiernos latinoamericanos no están bien preparados para la caída de los precios de los productos básicos, sino que ya se observarían consecuencias en la tendencia a la caída en el déficit comercial (J.Martinez Allier, 2015). Dicho de otro modo, los países latinoamericanos exportan mucho a China, pero esto no alcanza para cubrir el costo de las importaciones desde ese país. Todo ello conllevará no solo más endeudamiento, sino también una exacerbación del extractivismo, esto es, una tendencia al aumento de las exportaciones de productos primarios, a fin de cubrir el déficit comercial, con lo cual se ingresaría en una suerte de espiral perversa (multiplicación de proyectos extractivos, aumento de conflictos socioambientales, desplazamientos de poblaciones, entre otros).

En consecuencia, es en un contexto de intensificación de las exportaciones de commodities y por ende, de potenciación de la reprimarización y del extractivismo, que debe insertarse la discusión sobre la relación de América Latina con China.

4-. La expansión de la geografía de la extracción

Frente a la presión por la ampliación de la geografía de la extracción, sobre todo a través de la expansión de la frontera energética, cabe preguntarse si en la actualidad el extractivismo no es también una categoría aplicable al norte global. Ciertamente, la profundización del extractivismo ha afectado muy especialmente los países del sur, reconfigurando territorios, generando nuevas formas de dominación y potenciando la geografía del despojo, en un contexto cada vez más marcado por la emergencia de conflictos ambientales y territoriales. Sin embargo, la presión por expandir la frontera energética desborda claramente los países del sur y permite detectar el avance de una dinámica territorial extractivista en el norte global, donde podía pensarse que ésta estaba en franco retroceso. El ejemplo elocuente es la vertiginosa expansión de la frontera petrolera y energética, mediante la explotación de gas y petróleo no convencional, con la tan cuestionada metodología de la fractura hidráulica o *fracking*.⁹ Efectivamente, la apuesta por el fracking implica la

⁹ A pesar de que se conocen desde hace tiempo, no es sino con la expansión de la frontera tecnológica y ante la inminencia del agotamiento de los hidrocarburos convencionales, que los llamados hidrocarburos no convencionales comenzaron a ser vistos como una alternativa "viable", pese al mayor coste económico, mayor contaminación y daño ambiental, y el menor rendimiento energético que éstos

profundización de la matriz energética actual, basada en los combustibles fósiles y, en consecuencia, un fuerte retroceso en términos de escenarios alternativos o de transición hacia energías limpias y renovables. La vía del fracking fue decidida por Estados Unidos, en nombre del autoabastecimiento y de la soberanía hidrocarburífera. La historia de su desarrollo, a partir del año 2000, y la serie de exenciones ambientales y económicas que requirió, el rol crucial del poderoso lobby petrolero, figuran entre las páginas más sórdidas de su política interna reciente. Ciertamente, en la última década el fracking transformó la realidad energética de Estados Unidos, otorgándole mayor autonomía respecto de las importaciones, pero también lo convirtió en el territorio en el cual pueden comprobarse los verdaderos impactos del fracking: contaminación de acuíferos, daños en la salud de personas y animales, terremotos, mayores emisiones de gas metano, entre otros.

El carácter controversial del fracking aparece ilustrado por una profusa y móvil cartografía global del conflicto, que arrancó en el corazón del norte imperial, tal como lo refleja la prohibición en Vermont y la moratoria en estados como en Nueva York y Los Angeles. En Quebec (Canadá) las luchas desembocaron en la prohibición del fracking, mientras que en la Columbia británica hoy se desarrollan resistencias indígenas-urbanas, a raíz del oleoducto de 1100 km que transporta el bitumen desde la región de Alberta. En Europa el escenario también es muy móvil. Francia y Bulgaria prohibieron el fracking, mientras que otros países impulsaron moratorias. Entre 2013 y 2014 varios de ellos abrieron sus puertas al fracking, estimulados por el modelo americano y la extensión de la crisis económica. En Inglaterra, en medio de grandes conflictos, se levantó la moratoria y el gobierno de Cameron prometió ventajas fiscales a los municipios que acepten el fracking, al tiempo que busca habilitarlo incluso en áreas naturales protegidas. Otro escenario conflictivo es Rumania, donde no se respetó la moratoria y el gobierno concedió permisos de exploración a Chevron. En España la puja entre gobierno y resistencias sociales son muy importantes, pero la noticia más reciente proviene de Alemania, donde en 2014 se aprobó una moratoria que frena el fracking por ocho años.

tienen. El *shale gas*, que existe en depósitos de esquisto, el *tight gas* o gas de arenas compactas, el *gas de mantos de carbón* y los crudos pesados o *arenas bituminosas*, están entre los hidrocarburos no convencionales. Su extracción requiere la fractura hidráulica o fracking, técnica experimental que consiste en la inyección a altas presiones de agua, arena y productos químicos a las formaciones rocosas ricas en hidrocarburos, a fin de incrementar su permeabilidad.

El fracking constituye una vuelta de tuerca del extractivismo que tiene enormes consecuencias a nivel local y global. Mientras en el sur se amplían las resistencias sociales, en el norte global emergen nuevas luchas en torno a los bienes naturales, algo que hasta ayer se creía cada vez más lejano o exclusivo de los países periféricos. En suma, sin que esto llegue a significar un quiebre de la geografía neocolonial o de reconfigurar las relaciones Norte/sur global, el mismo aparece como un elemento que nos obliga a complejizar la lectura del presente escenario. Esto no significa que las asimetrías entre unos y otros no se hayan amplificado, pero esta nueva expansión de la geografía de la extracción nos lleva a pensar la problemática en clave civilizatoria, al tiempo que plantea la posibilidad de crear otros puentes y lazos de solidaridad a escala global en el marco de la nueva cartografía de las resistencias.

Bibliografía

Acosta, Alberto (2009) *La maldición de la abundancia*, Ediciones Abya Yala, Quito, Ecuador.

Canutto, O. (2014), "The Commodity Super Cycle: Is This Time Different?", *Economic Premise*. The World Bank. Number 150, June.

Comini N. y A Frenkel (2014), Una Unasur de baja intensidad. Modelos en pugna y desaceleración del proceso de integración en América del Sur, *Revista Nueva Sociedad*, nro 250, Marzo-Abril de 2014

Gallagher, K. (2015, 18 de Marzo). Obama Abandons Allies on China's Marshall Plan. *The Globalist*. Recuperado de: <http://www.theglobalist.com/obama-abandons-allies-on-chinas-marshall-plan>

Gallagher, K. Irwin, A. y Koleski, K. (2012): *The New Banks in Town: Chinese Finance in Latin America. China and Latin America*. Inter-American Dialogue Report. Estados Unidos.

Gudynas, E. (2009). "Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo", en AAVV, *Extractivismo, Política y Sociedad*, CAAP, CLAES., Quito.

Katz, C., (2012) *Bajo el imperio del Capital*. Ediciones Luxemburg, Buenos Aires.

Machado Aráoz, Horacio. 2012. *Naturaleza mineral. Una ecología política del colonialismo moderno*, Tesis para optar por el título de Doctor de Ciencias Humanas, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina.

Machado Araoz (2014), *Potosí, el origen*, Buenos Aires, Mardulce.

Martí, José (2005) *Nuestra América*, Buenos Aires, Nuestra América, 2005

Martinez Allier, J. (2015, 28 de Febrero). "El triunfo del posextractivismo en 2015". *Sinpermiso*. Recuperado de: <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=7778>

Oviedo, E. (2014). América Latina: entre la hegemonía estadounidense y la influencia china. *FLACSO-ISA Joint International Conference. Global and Regional Powers in a Changing World*, Recuperado de: <http://web.isanet.org/Web/Conferences/FLACSO-ISA%20BuenosAires%202014/Archive/19a9b824-087d-4788-a429-a1a572d6846a.pdf>

Preciado Coronado, J. (2014). "Paradigma social en debate; aportaciones del enfoque geopolítico crítico. La Celac en la integración autónoma de América Latina en Martha Nelida Ruiz (comp.), *América Latina la crisis global, problemas y desafíos*, Clacso, <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20140610034022/AmericaLatinaenlacrisisglobal.pdf>

Salama P. (2011). "China-Brasil: industrialización y 'desindustrialización temprana'" *Open Journal Sistem*, Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de: <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/ceconomia/article/view/35841/39710>

Slipak, A. (2012a). "Las relaciones entre China y América latina en la discusión sobre el modelo de desarrollo de la región: hacia economías reprimarizadas", *Iberoamérica Global*, The Hebrew University. Vol 5 1 pp. 89-131, Jerusalem, junio.

----- (2014) "La expansión de China en América Latina: incidencia en los vínculos comerciales argentino-brasileros", Congreso de Economía Política Internacional, 5 y 6 de Noviembre de 2014, Universidad Nacional de Moreno (UNM), Moreno, Buenos Aires Argentina

Svampa, M. y A. Slipak (2015), "China en América Latina: Del Consenso de los Commodities al Consenso de Beijing", Revista *Ensamble*, en prensa, Argentina, y *Problèmes d'Amérique Latine*, en prensa.

Svampa, M. (2013). "Consenso de los commodities y lenguajes de valoración en América Latina". *Nueva Sociedad*, N° 244, Buenos Aires, marzo-abril 2013.

Svampa, M y E. Viale (2014) *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*, Buenos Aires, Editorial Katz

Wallerstein, I. (2012). "China y Estados Unidos: rivales o colaboradores", en *La Jornada*, 22/01/2012, <http://www.jornada.unam.mx/2012/01/22/opinion/028a1mun>

_____ (2013, 9 de Noviembre). "Consecuencias de la decadencia estadounidense".
La Jornada. Recuperado de:
<http://www.jornada.unam.mx/2013/11/09/opinion/018a1mun>